

LIBROS

Ha muerto Ferreira de Castro, un épico del siglo XX

Con la muerte de José María Ferreira de Castro, en Oporto, el pasado día 30, Portugal ha perdido a uno de sus grandes narradores. Y, de haber sido justos los miembros de la Academia Sueca, ahora el mundo habría sentido la desaparición de un Nobel. Las dos obras cumbres de Ferreira, «Los emigrantes» y «La selva», 1928 y 29, respectivamente, no sólo significaron un acontecimiento literario en Portugal, sino en el mundo. La primera se tradujo inmediatamente al español, francés e inglés, y la segunda a catorce idiomas. Muchos años después, cuando ya Ferreira era toda una literatura y una leyenda, en 1970, obtuvo el Gran Premio Aguila de Oro en Niza por «O Instinto Supremo». El día siguiente a de su muerte, representantes de los partidos políticos portugueses han dedicado un homenaje a este escritor que dedicó lo mejor de su obra a los trabajadores proletarios y que amplió su denuncia contra el colonialismo en sus libros de viajes.

Ferreira de Castro ha sido, con Aquilino Ribeiro y José Rodrigues Miguéis, uno de los tres innovadores de la narrativa portuguesa del siglo XX. A causa de su formación de autodidacta, unida a una gran intuición novelística, rompió con la tradición literaria portuguesa del siglo XIX, cuyas dos grandes líneas venían marcadas por Castelo Branco y Eça de Queiroz, y marcó el camino a la espléndida escuela neorrealista portuguesa. A escala mundial, su

obra «Los emigrantes» es una adelantada de los grandes frescos sociales que pronto realizarían escritores como John Dos Passos o Steinbeck.

Ferreira es uno de esos escritores en que la peripecia personal—épica en este caso—tiene una influencia especial sobre la obra. Su experiencia le permitió un material privilegiado para sus temas.



Nació en el Norte de Portugal, en la pequeña aldea de Salgueiros, en 1897 (numerosas fuentes dan la fecha del 98). A los ocho años perdió a su padre, lo cual vino a agravar el clima difícil en que se desarrollaba su infancia, rebelde y excéntrica, según propias confesiones. El enamoramiento de una chica de diecisiete años, Margarida, le permitió conocer precozmente el desengaño. Se ahoga en la escuálida vida aldeana y decide emigrar a Brasil, que se le aparece como «la libertad, la huida de la tutela familiar y el misterio... Pero era, sobre todo, el gesto varonil, el gesto del hombre que yo quería ser ante los ojos de Margarida».

Con sólo doce años, un baul de cuero, el pasaporte expedido en Aveiro y unas botas nuevas, se desprende de la familia una noche del 6 de enero de 1910: «Tenía entonces doce años, siete meses y catorce días». En Brasil encuentra trabajo en el interior del sertão y también un clima terrible de privaciones de todo tipo. De su expe-

riencia como «seringueiro», especie de esclavo, en las plantaciones de caucho, extraerá el contenido de su novela «A selva». Más tarde, trabajó en un barco que hacía recorridos monótonos por el río Oya-pock. Su primer libro, de escaso valor literario, «Criminoso por Ambição», aparece en fascículos que él vende de puerta en puerta. Cuando acaba la guerra mundial, ya con una cierta experiencia literaria, aunque absolutamente desconocido, retorna a Portugal, a Lisboa, con la pretensión de vivir de su pluma. Sus primeros trabajos son periodísticos: en «ABC» y después en «O Seculo», donde, después de haber escrito «Éxito fácil», «Sangue Negro», «Carne Faminta» y «Boca de Esfinge», en colaboración con Eduardo Frias, y ya con un prestigio literario, publica en folletón «Emigrantes». La autenticidad, la fuerza, la novedad del tema, hacen de esta novela realista y social una sacudida en el mundo literario portugués, y su repercusión traspasa las fronteras. También en «O Seculo» publica «Terra Fria» y, en 1929, aparece «La Selva», de la que se agotan pronto sucesivas ediciones.

En 1938 se casó con una pintora española, Helena Muriel y, a finales de la guerra mundial, hace una vuelta al mundo. Para entonces había ya escrito «Pequenos Mundos. Velhas Civilizações». Su libro «A Lá e a Neve» (1947) muestra una preocupación por el estilo que no había tenido en sus obras anteriores, así como en «A Curva da Estrada» (1950), un afán por dotar de una mayor entidad psicológica a sus personajes. El autor de la epopeya del sertão amazónico fue recibido como tal en un reciente viaje a Brasil, medio siglo después de haber sufrido la selva. La autenticidad de Ferreira de Castro no sólo se prueba mediante el testimonio de sus novelas, sino mediante el comportamiento civil en defensa de unos ideales

democráticos de los que no abdicó nunca.

El desconocimiento que el público español tiene de este gran escritor portugués prueba, una vez más, que nuestra lejanía de la cultura portuguesa puede ser superior a la de cualquier otro país europeo. En la reciente escala que hizo Mario Soares en Madrid puso de manifiesto el hecho de esta desvinculación cultural entre los dos países. La muerte de Ferreira de Castro, el desconocimiento de su obra, es un aldabonazo en este sentido. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

La obra del antropólogo Mauro Olmeda

Los trabajos de Mauro Olmeda han ido apareciendo a lo largo de estas dos últimas décadas, primero en México y últimamente en Madrid (1), ofreciendo, desde luego, resultados completos en cuanto al período histórico que abarcan: desde los primeros albores de la Humanidad hasta el final de la Edad Media, e interesantes por cuanto suponen de aportación al acervo del materialismo histórico.

Y ese interés deviene casi en curiosidad por hallarnos ante un autor que, a la seriedad científica en el tratamiento de lo investigado, se ve correspondido por conclusiones que no pocos tratarían de heterodoxas frente al materialismo, y que él mismo reconoce que difieren en general de los puntos de vista predominantes en la literatura científica sobre la configuración, estructura y desarrollo de las instituciones.

Problemas tales como las formas de posesión de la tierra, la aparición de la propiedad privada

(1) Mauro Olmeda, El desarrollo de la sociedad, Tomo III: «Las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la antigüedad greco-romana». Editorial Ayuso, Madrid, 1973. 414 páginas. Mauro Olmeda es el seudónimo del profesor Julio Luelmo.

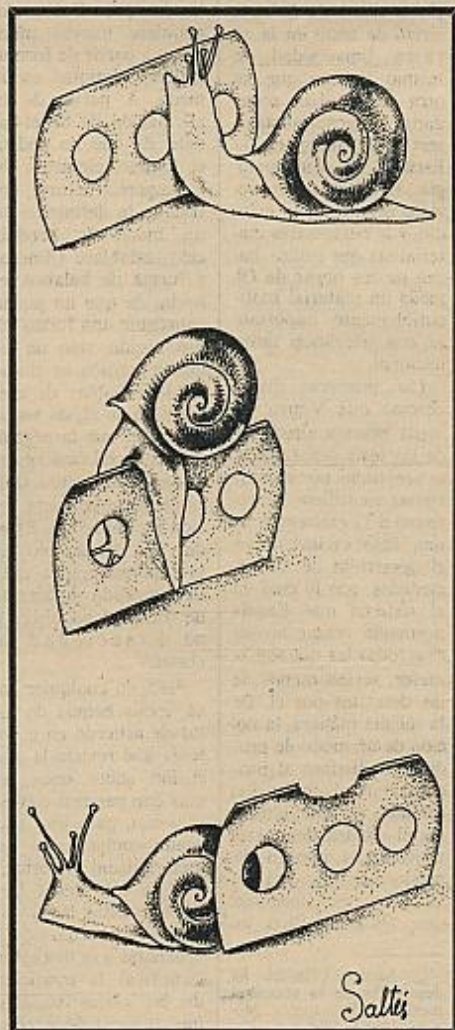
en las sociedades preclásicas, la disolución de la sociedad tribal o comunismo primitivo, el momento de la aparición de las clases sociales y del Estado, las formas y extensión de la esclavitud, las formas concretas de la lucha de clases en cada una de las sociedades precapitalistas, el paso de la esclavitud al feudalismo, las entiendo como presentadas por la literatura marxista en forma poco concreta y sólida, y entiendo al tiempo que las conclusiones vigentes al respecto no concuerdan con la realidad objetiva de los hechos.

La búsqueda de pruebas que sustenten una teoría materialista de la Historia se vuelve concienzuda en Mauro Olmeda, y las conclusiones, desde luego, parecen asombrosamente dispares con lo que el mismo autor parece de-

fender con su método y su teoría.

Tesis tales como la aparición de excedentes alimenticios en las sociedades que consiguen llegar a un nivel que permite el cultivo de plantas y la cría de animales, como base de la aparición de actividades comerciales y punto de partida de la especialización, o la tesis de que esos excedentes, aplicados a la retribución del ocio, fueron la base de los primeros progresos en los diversos ramos de la cultura, se ven desmenzadas, contrastadas con la realidad y superadas o, al menos, revitalizadas en forma divergente.

Ante la dificultad que plantea el conocimiento de las sociedades ágrafas, cuya información nos llega a través de la



Saltis